

SERIE
AMÉRICA INDÓMITA

REBELDES, RESISTENTES Y MARGINALES



Fran Zabaleta

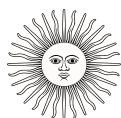


VILCABAMBA

LA FEROCES RESISTENCIA DE
LOS INCAS

AMÉRICA INDÓMITA

(Rebeldes, resistentes y marginales)



VILCABAMBA

La feroz resistencia de los incas



Fran Zabaleta

*Este es para Sonia, lúcida como un destello,
aguda como un estilete.*

*Quizá la más grande lección de la historia es que nadie
aprendió las lecciones de la historia.*

Aldoux Huxley

© Fran Zabaleta, 2021

Título

Vilcabamba. La feroz resistencia de los incas

Primera edición: diciembre 2021

Colección

América Indómita 2

Imagen sol inca: Clker-Free-Vector-Images en Pixabay

Imagen portada: *La ejecución de Túpac Amaru II*, autor desconocido

Editorial



Rúa Troncoso 4, 2º

36206 Vigo

ISBN: 978-84-123502-5-8

La editorial Los Libros del Salvaje defiende que el *copyright* estimula la creatividad, permite a los autores vivir dignamente de su esfuerzo y su trabajo, defiende la diversidad y es herramienta fundamental para que la cultura viva y se expanda. Por ello, te agradecemos que hayas comprado una edición autorizada de este libro y que respetes las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso expreso del autor y/o la editorial. Al hacerlo, respaldas a los creadores y permites que Los Libros del Salvaje siga publicando libros. Si deseas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, dirígete a CEDRO, el Centro Español de Derechos Reprográficos: cedro.org.

ÍNDICE



Prólogo de la colección	11
1 La Gran Rebelión	17
2 El Tahuantinsuyu	29
3 Hermanos en guerra	41
4 La encerrona	47
5 El desmoronamiento	63
6 La huida	75
7 La guerra abierta	81
8 Vilcabamba, el reino escondido	95
9 El terror	103
10 La muerte de manco	117
11 Sayri Túpac, el segundo inca de Vilcabamba	125
12 Tito Cusi Yupanqui, el tercer inca de Vilcabamba	131
13 Túpac Amaru, el último inca de Vilcabamba	143
14 El resurgir de los incas	151
15 La ejecución de Túpac Amaru II	173
Notas bibliográficas	177
Sobre mí	179
Antes de que te vayas	181

PRÓLOGO DE LA COLECCIÓN

Una historia incompleta



La conquista de América fue un proceso trascendental en la historia, tanto por la forma en que se desarrolló como por las enormes consecuencias que de ella se derivaron. La exploración y conquista del inmenso territorio americano nos legó hazañas asombrosas, gestas épicas y lances sobrecogedores, y también episodios de una violencia tan brutal como despiadada.

Muchos de estos sucesos han quedado incrustados en nuestra memoria colectiva; asombran, fascinan o repugnan por igual a cada nueva generación, algo que ha sido posible debido a que los protagonistas y contemporáneos de la conquista fueron conscientes desde el primer instante de la envergadura y la significación de cuanto estaban viviendo y se preocuparon por contarlo. A menudo, los mismos que avanzaban por la selva con el morrión en la cabeza y la cruz y la espada en las manos escribían después relaciones de sus empresas, convencidos de que iban a pasar a la historia y preocupados porque esta les juzgara favorablemente. Tan abundante material ha hecho posible que legiones de historiadores hayan analizado e interpretado

cada peripecia hasta conformar una extensísima bibliografía.

Sin embargo, la indudable magnitud de la conquista y la atención prestada a sus principales acontecimientos, sobre todo el desmoronamiento de los imperios mexica e inca, han ocultado algunas realidades incuestionables y han tergiversado los hechos.

Uno de estos hechos tergiversados es la extensión del dominio español. El mero enunciado, conquista de América, es falso, pues nos induce a pensar que la totalidad del inmenso territorio americano fue sometido al dominio español o al portugués. En realidad, enormes extensiones de América no fueron nunca conquistadas. El tamaño del continente es tal que difícilmente podría haber sido de otro modo. Así, por ejemplo, los vastos territorios de América del Norte permanecieron en su mayoría vacíos de europeos hasta varios siglos después, y muchas selvas tropicales y ecuatoriales de América Central y del Sur nunca vieron a un español, pues sus espesuras, su extensión, la dureza de su clima y las enfermedades propias de estas zonas eran tales que impedían ya no la conquista, sino siquiera la exploración, más allá del curso de los grandes ríos. Asimismo, los españoles nunca se extendieron por la mayor parte de la Patagonia o el Gran Chaco, territorios que los pueblos originarios siguieron dominando parcial o completamente hasta el siglo xix.

Hay más. Incluso en las zonas incorporadas a Castilla o a Portugal y efectivamente ocupadas, la presencia de los conquistadores se circunscribía por lo general a los escasos núcleos de población. En estos territorios los españoles y los portugueses imponían sus leyes, su religión y sus costumbres, pero su área real de dominio e influencia era muy limitada. En la mayor parte del territorio americano

Prólogo

ocupado, los conquistadores se concentraban en estos núcleos de población y mantenían un dominio formal sobre el resto. El número de europeos, incluso en los momentos de mayor poblamiento, fue muy limitado, y, pasadas las iniciales fiebres del oro, estos no tenían mayor interés en internarse por regiones para ellos insalubres y salvajes. Comunidades enteras de indígenas americanos permanecieron al margen de la conquista y la colonización y siguieron viviendo según sus costumbres ancestrales.

Pero no solo se han tergiversado hechos como la extensión real de la conquista. También se han ocultado acontecimientos, a veces de forma involuntaria, debido a que la atención se vuelca de forma natural en las grandes conquistas, y otras de forma intencionada, para evitar el menoscabo de los vencedores.

Hoy, cualquier escolar ha oído mencionar a Cristóbal Colón, Hernán Cortés, Francisco Pizarro o Vasco Núñez de Balboa. Sin embargo, muy pocos pueden identificar a Guarocuya, Lautaro, Tupac Amaru o Makandal, por citar solo a un puñado de los cientos de rebeldes que osaron enfrentarse a los conquistadores y, en algunos casos, incluso consiguieron derrotarlos. Si los españoles protagonizaron hazañas asombrosas en América, los naturales del continente no se quedaron atrás y se resistieron a la conquista, a veces durante siglos, con una firmeza y una tenacidad hoy injustamente olvidadas.

Frente a la América colonizada existió otra América habitada por pueblos que jamás se rindieron, nativos que se alzaron una y otra vez contra el opresor, esclavos fugados que crearon sus propios mundos ocultos en selvas y montañas e incluso europeos que se rebelaron contra las autoridades establecidas y eligieron vivir sin reglas, libres, independientes y salvajes. Ellos forman la América indómita, la de los rebeldes, resistentes y marginales que plan-

taron cara a los conquistadores o, sencillamente, los ignoraron.

El propósito de esta colección es dar a conocer algunos de los episodios de esta lucha desigual, ceder un espacio a los rebeldes, a los que resistieron al invasor y a los que huyeron del mundo.

Desconozco qué se estudia en las escuelas de los países americanos sobre estos hechos, pero sí conozco muy bien el currículo escolar español, y en él se pasa muy por encima por la conquista. Se mencionan —solo eso, simples menciones— el descubrimiento, los hechos más destacados de la exploración de América y las conquistas de los imperios mexica e incaico, pero poco más. Se consignan los nombres de Colón, Hernán Cortés, Francisco Pizarro y algunos mas, pero ahí acaba el estudio de la etapa y se pasa directamente a exponer unas pocas generalidades sobre la colonización y la administración de América. Se prefiere hacer hincapié en los grandes descubrimientos geográficos o en los nuevos productos que Europa y América intercambiaron, cuestiones ambas mucho menos conflictivas.

Eso es todo. La historia de la conquista en sí, con sus violencias y sus polémicas, sencillamente se ignora, en parte por el escaso atractivo que hoy tiene hablar de opresión y conquista de otros pueblos (afortunadamente), y en parte porque la magnitud del currículo escolar impide mayores extensiones.

La consecuencia directa es que una gran parte de los adultos españoles (todos aquellos que no se hayan informado por su cuenta sobre la cuestión) apenas tienen una muy vaga idea, hecha en gran medida de lugares comunes —y a menudo con gran carga ideológica, sea del tinte que sea—, sobre los sucesos americanos.

Prólogo

Con estos mimbres, es comprensible que la otra parte, la historia de los rebeldes, resistentes y marginales americanos, sea completamente desconocida.

Sin embargo, se trata, en mi opinión, de hechos profundamente interesantes, en sí mismos, por su carga épica y vital, y porque son el contrapunto necesario a la historia oficial. Porque ninguna historia está realmente completa si no se conocen todos los hechos, como no está terminado un tapiz si le faltan hebras.

Tal es el afán que guía esta colección, «América Indómita. Rebeldes, resistentes y marginales», en el que cada volumen está dedicado a uno de esos episodios desconocidos de la historia americana.

Tras el primer volumen, que se centró en la figura de Guarocuya, el único taíno que consiguió imponerse al Imperio español, le llega ahora el turno a un reino cuya historia, si bien breve, fue un ejemplo de coraje y resistencia frente a los conquistadores llegados del otro lado del mar: Vilcabamba, los incas que se enfrentaron al Imperio español.

Solo espero que disfrutes con la lectura y que esta te sirva de acicate para convertirte tú mismo en explorador de nuestra común historia. Porque solo conociendo lo que ha pasado podemos entender lo que está pasando.

1

La Gran Rebelión



Cuzco, noviembre de 1535

«Has de saber que yo vine con el único propósito de protegerte y liberarte de esta gente de Quito, puedes creer que yo no vengo en provecho mío...».

Manco Inca Yupanqui permanece inmóvil en medio de la amplia estancia, en apariencia impertérrito, mientras un ejército de sirvientes lo viste. Es el sapa inca, el supremo gobernante del Tahuantinsuyu, el «Imperio de las Cuatro Regiones», hijo encarnado de Inti, el dios Sol. Sus pies no pueden mancillarse caminando, por lo que debe ser portado siempre en el ushnu, el trono de andas.

Es joven, todavía está en la edad en la que la sangre ruge con fuerza en las venas, pero ha aprendido a contener sus impulsos. En este instante se muestra tranquilo, aunque hierve por dentro. Su pecho es una brasa que aviva el huracán de sus pensamientos. «Vine con el único propósito de protegerte...». La vileza y la falsedad de aquellas palabras pronunciadas por Francisco Pizarro dos años antes le agujerea las tripas con gotas de ácido. ¿Cómo puede haber sido tan ingenuo? Ni siquiera su juventud, diecisiete

años entonces, lo justifica. ¡Pensar que en algún momento creyó de verdad que los extranjeros barbudos eran mensajeros del dios Viracocha, enviados para derrocar al falso inca Atahualpa!

Lo peor de todo, lo que más le quema por dentro, es que sabe muy bien cuánto les debe a los falsos viracochas. Fueron ellos lo que lo sentaron en el trono de sus antepasados. Ellos ejecutaron al usurpador Atahualpa, derrotaron a sus ejércitos y evitaron que el general Quisquis prendiera fuego a Cuzco, la capital. ¿Cómo no pensar que eran viracochas si parecían inmortales, todopoderosos con sus yelmos, sus mallas y armaduras de acero, sus espadas y sus arcabuces, sus cañones y, sobre todo, esas bestias asombrosas, los caballos?

Ahora, dos años después, Manco sabe bien que todas esas cosas nada tienen de divino, sabe que el acero se elabora con un metal que los incas no conocían, mucho más duro que los mazos con bolas y pinchos de cobre que ellos usan como armas, o que sus hachas de piedra y de bronce.

Pero entonces, ¿cómo no pensarlo? Cuando se los encontró en las afueras de la ciudad de Jaquijahuana, a solo una jornada de camino de Cuzco, Manco llevaba meses viviendo como un fugitivo, huyendo de los hombres del general Quisquis, que querían apresarlos para ajusticiarlos como habían hecho con su hermano Huáscar. La guerra civil se había decantado por el falso inca Atahualpa y del ejército de Huáscar ya solo quedaban jirones. Todo estaba perdido.

Hasta que surgieron de la nada aquellos diablos barbudos y en apenas unos meses le dieron la vuelta a la situación.

La primera vez que se encontró frente a frente con los españoles, estos eran menos de trescientos, todavía no llevaban dos años en el Tahuantinsuyu y, sin embargo, ya habían acabado con el usurpador Atahualpa y sometido la mayor parte del país. Un puñado de viracochas extranjeros había bastado para acabar con el imperio más poderoso que jamás hubiera existido.

¡Era tan asombroso!

Ya por entonces, más de ocho mil soldados habían perdido la vida en sus manos, entre ellos un buen número de nobles e, incluso, uno de los principales generales del usurpador, Chalcuchímac, al que habían quemado en una hoguera. Un castigo de una crueldad inusitada, pues era lo mismo que negarle el acceso a la vida tras la muerte: nadie podía traspasar la barrera entre los mundos si su cuerpo no se hallaba intacto.

Ocho mil soldados incas perdidos. Y, sin embargo, ni uno solo de los falsos viracochas había muerto. ¡Ni uno solo! La única baja entre ellos había sido un esclavo de piel negra. ¿Cómo no pensar que eran tan inmortales e invencibles como el mismo dios Viracocha?

Manco Inca se obliga a interrumpir sus reflexiones cuando ve entrar en la estancia, con el torso inclinado y un peso sobre los hombros en señal de respeto, a Villac Umu.

—¿Han llegado todos? —pregunta, su voz apenas un susurro que quiere esconder su nerviosismo.

El sumo sacerdote, la máxima autoridad del Imperio solo por detrás del propio Manco, su principal consejero y su representante allá donde él no está, es un hombre enjuto, de mirada viva y aguda inteligencia. Dos años antes se opuso con firmeza a cualquier alianza con los barbudos. Sin embargo, al final tuvo que transigir, con la esperanza

de librarse de ellos una vez Manco estuviera asentado en el trono.

Una esperanza vana, como este sabe demasiado bien.

Villac Umu asiente sin mirarlo. Nadie, ni siquiera él, osa mirar al sapa inca.

—Os aguardan.

Manco no responde. Deja que los sirvientes terminen de colocarle sobre la frente la mascapaycha, una especie de trenza tejida con el suave pelo de vicuña que da cinco vueltas a la cabeza y que solo puede vestir el sapa inca, el inca supremo, a modo de corona.

Vuelve a sumirse en sus reflexiones. La furia caldea sus entrañas como si fueran los rayos ardientes de su padre Inti, el dios Sol. Nota las corrientes que fluyen a su alrededor, los miles de hilos invisibles que, procedentes de cada rincón de su inmenso imperio, confluyen en sus manos. Durante dos años ha tratado de convivir con aquellos viracochas sedientos de oro con la esperanza de que en algún momento saciaran su voracidad y se marcharan. Durante dos años ha soportado desprecios y humillaciones inimaginables, por las que sus antepasados habrían arrasado aillus enteros. Ha tragado bilis, convencido de que la tormenta pasaría y que los malditos extranjeros terminarían por desaparecer.

Pero ahora sabe que no piensan hacerlo. Nunca se irán.

¿Cómo puede haber sido tan ingenuo? Se ha tragado todas aquellas palabras sobre ayudarlo a recuperar el poder y la libertad para los incas, sobre la amistad que une a ambos pueblos y la eterna fraternidad que los enlazará para siempre.

Los viracochas han venido con una sola intención: hacerse con el poder. Quedarse para siempre en el Tahuán-

tinsuyu para saquear y exprimir a sus gentes hasta que ya no les quede una gota de sangre en el cuerpo. Lo han entronizado, pero solo es un títere, la marioneta gracias a la cual todos los obedecen. No puede seguir engañándose a sí mismo. Ni reina, ni puede recibir a sus súbditos sin ser vigilado, ni puede circular por su propia ciudad con libertad. ¡Él, el sapa inca, la máxima autoridad del reino, descendiente del mismo dios Inti!

Lo peor es el desprecio con que lo tratan. Francisco Pizarro se ha marchado a la costa para fundar una ciudad (¡una ciudad en su propio territorio, sin solicitar su permiso siquiera!) y ha dejado al cargo de Cuzco a dos de sus hermanos, Juan y Gonzalo. Dos brutos desbordados por la codicia, la lujuria y la soberbia más descarnadas. Están convencidos de que Manco les oculta el paradero de un tesoro de oro y plata y lo presionan sin cesar para que les revele su paradero. ¡Como si el usurpador Atahualpa no les hubiera entregado ya una habitación llena de oro y otra más grande todavía de plata! Miles de estatuas y joyas arrancadas de los templos de todo el Tahuantinsuyu que los malditos se habían limitado a fundir y convertir en lingotes, como si aquellas magníficas obras de arte no tuvieran más valor que el de los metales con que estaban elaboradas.

Ojalá fuera solo eso.

Una mueca inconsciente de amargura asoma a su rostro, rompiendo su imperturbabilidad exterior. El sirviente que está colocándole apropiadamente la borla de la mascapaycha, al percatarse de su desagrado, detiene sus movimientos y retrocede dos pasos mientras se inclina en una profunda reverencia.

—Continúa —le ordena Manco con sequedad, deseo de terminar cuanto antes.

Ojalá fuera solo la codicia de los viracochas. Son insaciables. El gobernador Pizarro ha tomado como concubina a una hija del emperador Huayna Cápac, su padre. El otro jefe, Diego de Almagro, un viejo de sesenta años, bajito, rechoncho, tuerto y repulsivo, ha hecho lo propio con Marcachimbo, otra de sus hermanas. Y así uno tras otro los viracochas han ido tomando como concubinas a las jóvenes más nobles y hermosas de entre los incas.

Pero esa bestia lujuriosa de Gonzalo Pizarro no se conforma con tan poca cosa. ¡Ha osado exigirle a él, Manco Cápac, sapa inca del Tahuantinsuyu, hijo de Inti, que le ceda a su propia esposa principal!

Cura Ocllo no es una esposa más, ¡es su propia hermana, la coya o reina, del más puro linaje real!

Manco ha hecho cuanto está en su mano para apaciguar al arrogante Gonzalo, mucho más de lo que su dignidad le permite siquiera admitir. Le ha dado todo el oro y la plata que ha querido, e incluso ha llegado a entregarle a otra de sus hermanas, la hermosa Inguill, que se parece mucho a Cura Ocllo, con la esperanza de calmar su lujuria. El maldito viracocha, creyendo que se trataba de la coya, se lanzó a besarla, abrazarla y sobarla delante de todos mientras la pobre Inguill gritaba aterrorizada.

Ni con eso ha bastado.

En cuanto se percató del engaño, Gonzalo Pizarro decidió tomar por la fuerza lo que le negaban, convencido de que nadie se atrevería a contrariar al hermano del gobernador Pizarro. El día anterior había entrado a saco en el palacio de Manco para llevarse a Cura Ocllo por la fuerza, riéndose a carcajada limpia mientras lo hacía de las lágrimas de la aterrorizada mujer.

La rabia borbotea en las tripas de Manco.

Mientras se viste, en aquel mismo instante, su esposa está siendo mancillada por un bárbaro ignorante.

Por un animal.

Villac Umu le ha informado con detalle de los desmanes que se extienden allá por donde van los españoles. Obligan a los incas a trabajar hasta la extenuación, roban cuanto se les antoja, violan y asesinan con la misma indiferencia del que escupe un gargajo. Ninguna mujer de buen aspecto está segura, ninguna cosecha a salvo, ninguna figura de oro o de plata se libra de su rapacidad. A nadie obedecen salvo a sí mismos, nada respetan, no temen a ningún dios pese a que se llenan la boca con la caridad y el amor del suyo. Son alimañas que babean de codicia ante su presa vencida.

Pero se ha acabado.

Manco da todo lo sucedido por bueno, pues por fin ha despertado del sueño que lo tenía dominado.

Se ha acabado.

Villac Umu se acerca con el topayauri en la mano. Manco lo coge y, por un instante, fija en él su atención. Es un cetro de oro con forma de hacha cuya hoja termina por un lado en un punzón y por el otro en un tumi, un cuchillo ceremonial. Es otro de los símbolos de su poder y, al contemplarlo, lo inunda una vez más la amargura. ¡Su poder! ¿Qué poder le queda?

Aparta la bilis con decisión.

Su poder.

Esa misma noche, en unos instantes, sus manos volverán a asir las riendas del poder.

—Vamos, pues.

Se acomoda en el ushnu y los porteadores comienzan a moverse. En el exterior, Mama Quilla, la diosa Luna, hermana y esposa de Inti, lo acaricia con su luz es-

pectral. El cortejo atraviesa la Huacaypata, la gran plaza de Cuzco que es el ombligo de la ciudad y del Imperio, el lugar donde celebran las ceremonias religiosas y las victorias sobre los enemigos. Se deslizan por las calles vacías como una procesión de sombras furtivas. Manco Inca permanece erguido, hierático, consciente de la gravedad de lo que se dispone a afrontar. Ni siquiera se fija en el camino que siguen. Se limita a dejarse llevar, guiado por Villac Umu, mientras repasa mentalmente lo que está a punto de proclamar.

Unos minutos después atraviesan las puertas de un gran edificio. Los porteadores lo conducen hasta una amplia estancia iluminada con hachones y repleta de personas.

Manco Inca recorre con la mirada los rostros de los presentes, que lo reciben con un reverencial silencio. Localiza a los gobernadores de las cuatro provincias y a muchos curacas, los jefes de los aillus, las comunidades que constituyen la unidad básica de la organización del Tahuantinsuyu. También están allí varios generales y altos sacerdotes, todos miembros de la nobleza inca, elegidos de entre las principales familias, como muestran los discos de oro engarzados en los lóbulos perforados de sus orejas, mayores cuanto mayor es la posición social de la persona. Es por esos discos de oro que solo la nobleza puede portar que los falsos viracochas llaman a los nobles incas «orejones».

Manco asiente para sí. Villac Umu ha hecho un buen trabajo reuniéndolos a todos. Es muy consciente, todos los son en la estancia, de la gravedad del momento. De la trascendencia de las palabras que se dispone a pronunciar.

Carraspea para aclararse la garganta.

—Os he hecho venir para deciros lo que creo que los extranjeros quieren hacer con nosotros. Y para que, antes

de que se les unan más viracochas, tengamos tiempo para organizarnos. —Recorre la estancia con la mirada, el semblante imperturbable, buscando la reacción de cuantos lo escuchan. No lo miran, aunque en la atención reconcentrada y en los leves asentimientos ve la confirmación de lo que Villac Umu no ha dejado de repetirle: que estaban aguardando su señal, deseando que diera un paso al frente. Pues bien, ese momento ha llegado. —Alza la voz—. Recordad que los incas, mis padres, que descansan en el cielo con el Sol, gobernaron desde Quito hasta Chile, e hicieron tantas cosas por aquellos a quienes recibieron como vasallos que parecían sus propios hijos, recién salidos de sus entrañas. Jamás robaron o mataron a nadie si no fuera para cumplir con la justicia, y mantuvieron el orden y la razón en las provincias, como bien sabéis. Los ricos no sucumbieron al orgullo y los pobres no eran indigentes, sino que todos disfrutaban de una tranquilidad y una paz perpetuas.

»Nuestros pecados nos hicieron desmerecer a estos señores, y por esa razón han venido estos barbudos desde su tierra, tan lejana a la nuestra. Predican una cosa y hacen otra, y a pesar de todas las admoniciones que nos ofrecen, luego hacen lo contrario. No temen a Inti ni tienen vergüenza, nos tratan como a perros y nos llaman por el mismo nombre. Su codicia ha sido tal que no queda templo ni palacio sin saquear. Es más, aunque toda la nieve de las montañas se convirtiera en oro y plata, ellos no quedarían satisfechos...

Se detiene. La sala entera parece contener la respiración. Percibe la ira que sacude los cuerpos como el viento gélido que recorre las tierras altas de la puna. Se deja inundar por esa cólera apenas contenida que impregna la estancia mientras busca las palabras para continuar. Lo que

se dispone a decir es el reconocimiento implícito de su debilidad. De su indignidad al consentir tanto desmán. Se sobrepone, con un esfuerzo, y vuelve a carraspear. No hay otra solución. El Imperio inca se tambalea, si es que existe todavía: ha sido conquistado por los barbudos.

Ya no hay vuelta atrás.

—Tienen retenida a la hija de mi padre y a otras damas, hermanas y parientes vuestras, como amantes, deseándolas cual bestias. Están empezando a repartirse las provincias y a dar una a cada uno de ellos para que puedan tomarlas como sus señores. Su intención es tenernos sometidos y esclavizados para que no podamos hacer otra cosa que buscar metales para ellos y proveerlos de nuestras mujeres y nuestro ganado. Es más, ya se han quedado con los yanaconas y muchos mitmaquna... —Cuántos están en la sala saben bien de qué habla. Los yanaconas son los miembros de los pueblos que se han resistido abiertamente a su integración en el incanato y que, como castigo, han sido convertidos en semiesclavos, sirvientes de la nobleza inca, sin tierras y sin derechos; los mitmaquna o mitimaes son grupos de familias separadas de sus comunidades y trasladadas a pueblos conquistados para ayudar a su integración, o como fuerza de trabajo para realizar obras estatales de envergadura, a veces como premio, pero muchas otras como castigo; ambos, yanaconas y mitimaes, apoyan abiertamente a los falsos viracochas—. Estos traidores no solían llevar ropa fina ni joyas ostentosas. Desde que se unieron a los extranjeros, actúan como señores y no tardarán en quitarme la mascapaycha. No me honran cuando me ven, y hablan con descaro porque aprenden de los ladrones con los que se relacionan.

»¿Qué justicia ni razón puede haber en las cosas que hicieron, y qué más harán estos cristianos? Mirad, os pre-

gunto, ¿acaso nos enfrentamos a ellos?, ¿qué les debemos y a quién de ellos hemos herido para que con sus caballos y sus armas de hierro nos hagan la guerra de manera tan cruel? Mataron a Atahualpa sin motivo. —Le duele pronunciar estas palabras, pues Atahualpa era un traidor, pero necesita atraerse a propios y extraños, unir a cuantos se enfrentaron en la guerra civil—. Hicieron lo mismo con el capitán general, Chalcuchímac; también mataron a Rumiñahui y a Zope-Zopahua, quemándolos en Quito de forma que sus almas ardieran y sus cuerpos no pudieran disfrutar de nuestro cielo. No me parece justo ni honesto seguir aguantando esto. Creo que debemos luchar con la máxima decisión de matar a nuestros crueles enemigos o morir...

Sigue así un rato más, pero el llamamiento ya está hecho: matar o morir, expulsar a los extranjeros o dejarse la vida en el empeño. Lo que está en juego es su misma identidad, su mundo, su forma de comprender el universo, sus dioses. Insta a que se envíen mensajeros a todas las provincias, desde Quito hasta Chile, con la orden de levantarse a la vez en un día concreto, cuatro meses después, para matar a todos los españoles, a sus esclavos y a cuantos los hayan apoyado o servido, pues solo de este modo conseguirán librarse de la opresión a la que están sometidos. Solo así recuperarán la dignidad perdida y volverán a sentirse orgullosos del Tahuantinsuyu, el imperio que forjaron sus antepasados.

Ninguno sabe realmente qué ha pasado, cómo ha podido un reducido grupo de extranjeros acabar con un imperio de diez millones de almas y un ejército de miles de hombres en apenas un abrir y cerrar de ojos. Pero así ha sido, y el pasmo fue tan grande que por doquier se dilataron bocas y ojos, incapaces de dar crédito al demoramiento de todo su mundo.

Pero el tiempo del asombro ya ha pasado. Ya no es momento de lamerse las heridas, sino de alzarse con todas las fuerzas contra el invasor. Aniquilarlos, como quien aplasta un mosquito molesto.

Manco observa a los presentes, ve sus expresiones decididas, las mandíbulas tensas y los brazos prestos, el rumor de los asentimientos, y siente que el orgullo renace en su pecho. Comprende que ha tomado la decisión correcta; la única posible, en realidad.

Luchará con todas sus fuerzas para recuperar la grandeza del incario. Expulsará a los extranjeros, aunque sea lo último que haga en su vida.